

CARACTERÍSTICAS PSICO-SOCIALES DEL ADOLESCENTE MARGINAL Y ESTRATEGIAS PARA EL TRABAJO PRE-VENTIVO CON ESTE GRUPO.

Lic. Carlos Garita Arce¹

El adolescente de los sectores marginales costarricenses se encuentra en una situación socio-económica que le es adversa. Esta situación no solo se remite a su historia personal sino, directamente a un contexto más amplio, es decir, al de Costa Rica, donde hay una distribución desigual de la riqueza y asociado con ello diferentes grupos de población.

Sabemos que las familias en donde se ubica el adolescente marginal se encuentran dispersas por todo el país, pero en los últimos años se ha acentuado el movimiento de grupos de familias que se unen para “tomar” o “invadir” un terreno donde construir una vivienda con materiales de desecho o en mal estado, a fin de ubicarse en un lugar fijo de residencia, y así, evitar el pago de alquileres que de por sí no pueden cancelar, pues sus condiciones económicas no les permiten acceder a ese privilegio.

En ese contexto de pauperización el adolescente marginal construye su

biografía, en la interacción con las figuras parentales (madre, padre), las cuales se constituyen en el elemento principal a través del cual mediatizan sus formas de enfrentar su realidad.

El Adolescente ha sido socializado por diferentes figuras que desempeñan el papel de madre, tales como la abuela, una hermana mayor, la tía y la madre biológica (aunque esta es la que dedica el tiempo menor a esta tarea).

Esto ocurre porque generalmente estas madres tienen a sus hijos muy jóvenes, sin el apoyo de un compañero, lo que las obliga a salir a buscar recursos económicos para así poder mantener a sus hijos. Asimismo la madre que es una adolescente siente que necesita explorar lugares y áreas que no están en la familia, recurriendo para ello a un salir totalmente de la misma (es decir, no vivir con ella).

Por tanto el niño no es educado por la madre, sin embargo, las figuras que lo hace le dan un valor preponderante a la madre biológica, introduciendo elementos tales como que “la madre es abnegada y que vive en función de los hijos”, lo cual corresponde con el valor social, que en nuestro país tiene la figura materna. La significancia simbólica biográfica en el adolescente, es que la madre siempre va a tener una connotación positiva, protección, de afecto, de que es necesaria.

¹ Psicólogo, Nivel Central, Programa Atención integral a la Adolescencia.

En el niño se genera un sentimiento contradictorio hacia la madre, pues por un lado se le muestra el valor social de madre, pero por otro lado existen fuertes sentimientos de abandono. Los sentimientos de abandono se muestran desde las formas lingüísticas, donde la recurrencia a la palabra “madre” es confusa, porque hay varias personas a las cuales se las adjudica; hasta la situación real de preguntar por su madre biológica y no encontrar respuestas de dónde se encuentra, a qué hora regresa, por qué no regresa, etc. Por tanto, para no desintegrarse recurre a un mecanismo de idealización de la figura materna, como una forma de recuperar simbólicamente a la madre. De esta manera, el adolescente hace de la madre un símbolo y como tal establece la relación con su madre real. De tal forma que, aunque la relación con su madre sea fracturada, conflictiva o inclusive de franca agresión, el adolescente va a tender a expresar que es buena, recurriendo a mecanismos de negación.

Con la figura paterna sucede lo contrario. El padre ha sido una figura inconstante e inestable para el adolescente y sobre todo el padre biológico. A éste se vincula con la responsabilidad del abandono de la madre, pues si él hubiera cumplido con el valor social asignado de “padre proveedor”, la madre estaría con ellos.

Así, desplazan el sentimiento de abandono materno hacia la figura del padre, mediando éste simbólicamente como figura que desune, por lo que se rechaza y se critica. Entonces, contrariamente al movimiento que se realizó con la madre, el adolescente no lleva a cabo una idealización del padre, más bien se liga a cargas negativas. Sin embargo, el padre sigue representando la autoridad (pero su poder es débil o casi nulo sobre el adolescente).

En los adolescentes marginales, solo los hijos de la madre se reconocen y se relacionan entre sí. Es decir, para ellos los hermanos son los hijos de la misma madre, indiferentemente si son del mismo padre y aunque no necesariamente viven juntos son reconocidos como tales y existen relaciones y lazos afectivos entre sí. No son considerados generalmente como hermanos los hijos del mismo padre que no sean de la misma madre. Entre los que se consideran hermanos se conforma un elemento de solidaridad bastante importante. Los hermanos no son un estorbo ni son rivales, los hermanos son compañeros o hijos, con los cuales se comparte o se defiende y protege. Inclusive a la ausencia de la figura de padre, los hermanos mayores se convierten en modelos de identificación con características parentales para los adolescente o hermanos menores.

Una vez realizada la síntesis de las figuras familiares, paso a exponer otras esferas de la vida de estos adolescentes.

El trabajo para el adolescente es una realidad que lo acompaña desde niño. Si su madre no sale a trabajar o paralelo a ello el dinero no alcanza, él debe asumir un rol de proveedor. El trabajo está siempre ligado a la sobrevivencia y está relacionado con la pérdida de elementos agradables para él (el juego de elementos agradables para él (el juego, la escuela, la vida en familia, la cercanía con su madre, etc). Además el trabajo acentúa en el adolescente el sentimiento de abandono, el no encuentro con la madre simbólica (porque los padres no protegen, no cumplen con la función social de protección). Por ello para el adolescente, el trabajo expresa lo desagradable, lo rechazable, lo que no realiza y solo halla sentido al trabajo en función de la retención de la madre simbólica y en función de la sobrevivencia.

En esta dinámica es que la “recolección del café”, actividad que representa una fuente importante de trabajo para estos sectores marginales, no es considerada por los adolescentes como trabajo, ya que no tienen el significado anterior, sino todo lo contrario, permite la reunión con la figura de la madre, con la madre como símbolo, porque a ésta asisten todos los miembros de la familia.

La ocupación no parece estar relacionada, como en otros sectores sociales, con la educación formalizada, sino más bien con los trabajos socialmente asignados. De ahí que no eligen donde trabajar o qué ocupación desempeñar. Por eso, la ocupación no está asociada a una elección, sino más bien está determinada por el exterior (patronos). Ellos lo único que deben hacer es asumir esa realidad. Por consiguiente, lo que les “gusta” está determinado no por un sentimiento de realización, sino por el salario que se obtenga.

A partir de lo anterior se va dilucidando que la noción de “elección vocacional” en estos adolescentes, es algo ajeno a sus posibilidades reales, ya que ello implicaría que se tienen un marco referencial que supera su realidad inmediata, así como que se puede destinar “tiempo” (que a su vez es una erogación económica para la familia y un perder recursos económicos al no estar el adolescente produciendo), para el estudio o la capacitación.

Asimismo, el salario, no parece estar relacionado con un elemento de disfrute persona. Desde niño acostumbran a entregarlo íntegro a su madre. Por tanto, el salario es visto como un aporte personal del adolescente a su madre, en un afán de retener a la madre simbólica y asociado al gasto inmediato del

mismo en función de la sobrevivencia. De tal forma, que si alguna vez éste no cumple la función de aporte familiar, no tiene sentido su retención, sino que sigue la lógica del gasto inmediato. Aquí es importante resaltar, que con respecto al dinero, el adolescente no manifiesta interés por el ahorro, gastar el dinero tal como vienen es lo que él hace. Por esta razón los trabajos que consideran mejores son aquellos en los que más gana, ya que cuando el salario excede los gastos de sobrevivencia, permite al adolescente utilizar un poco de dinero para el disfrute personal.

Por otra parte, el ingreso en la adolescencia no está necesariamente marcado por los cambios físicos o la adquisición de responsabilidades. Desde niños se consideraban que no eran tales por su condición de trabajadores. Pero con la llegada de la pubertad se ven enfrentados con el valor social de "adolescencia". Sin embargo, lo llenan con los contenidos que su experiencia vital les ha brindado; ellos consideran que la adolescencia implica un cambio en su vida, más autonomía y libertad. Así que, comienzan a salir con parejas, tienen relaciones sexuales tempranamente, toman licor, a veces consumen drogas, salen con amigos, pero no mantienen grupos estables. Además de esto continúan con su obligación habitual de trabajar dentro y fuera del hogar.

Al entender la adolescencia como una época de cambio en sus vidas, los adolescentes perfilan la salida de su hogar; de modo que se "juntan", es decir, consolidan su propia familia. Pero el "juntarse" viene a ser una forma de tratar de recuperar la figura del símbolo madre, a través de la complementariedad de roles (el tradicional padre proveedor y la mujer dependiente en el hogar). Esto, no obstante, no es un mecanismo efectivo para recuperar a la madre simbólica y por ende evitar el sentimiento de abandono. Así que, generalmente, terminan por separarse y buscar otra pareja. Esto último, también puede estar relacionado con la identificación del varón con respecto al padre como figura que abandona.

Asimismo, el adolescente de los sectores marginales no ha sido socializado en un entorno que le haya facilitado la vinculación permanente o estable con figuras externas a su núcleo familiar. De modo que, precariamente consolidan relaciones en el lugar donde vive y más bien su vida la realizada fuera del mismo.

Las situaciones adversas a las que ha debido enfrentarse el adolescente marginal y su familia, como la carestía de alimentos, vestido, vivienda, agua potable, electricidad, etc., han llevado a que se encuentren y se unan con otras familias que están en iguales condiciones para luchar juntos: un día por un terreno,

otro día por el agua, o por la electricidad, etc. El adolescente ha vivido en un ambiente de lucha por la sobrevivencia, de lucha contra el exterior, contra el Estado a través de sus instituciones.

El ha estado presente desde su infancia en los enfrentamientos con la policía, en los bloqueos de calle, en los traslados, Ha vivido las promesas electorales de los partidos políticos como una esperanza y posteriormente sufre la decepción de su incumplimiento.

También se ha enfrentado con problemas sociales como el desempleo, subempleo, explotación de los patronos que los obligan a trabajar largas jornadas por bajos salarios y sin garantías sociales.

Ha experimentado que la educación no es gratuita ni accesible a todos los costarricenses, porque él tuvo que dejarla para asumir otras responsabilidades.

Es decir, este adolescente ha sido socializado en un medio que le ha coartado sus posibilidades y derechos. Lo social se le ha impuesto como la realidad y es él quien ha debido acoplarse al exterior. Poco a poco, se ha consolidado su biografía en este tipo de situaciones de tal forma que desde su vivencia no hay una participación en una serie de valores que son importantes para nuestro sistema socio-político como son: la

credibilidad en el Estado y sus instituciones.

Estrategias para el trabajo con adolescentes marginales en el sistema nacional de salud

Ante el panorama planteado anteriormente se deben tomar los siguientes aspectos como relevantes para ser incorporados con los adolescentes marginales.

a) Posición institucional: Si el adolescente siente que la institución se plantea como más importante que ellos, tenderán a no vincularse con la institución de salud y a descalificar todas las acciones que realicen. Por otro lado, si se muestra el trabajo con adolescentes como una intervención meramente institucional se interpretará asociado a las promesas estatales y por tanto, lo que se evidenciará de parte de los adolescentes es una conducta de demanda hacia la institución y no de compromiso en un trabajo colectivo.

b) Las labores deben ser cortas y precisas: con esto se quiere significar que no se puede pretender que los adolescentes sostengan una actividad que tengan una larga duración en el tiempo (por ejemplo: un taller que necesita cierto número de sesiones durante determinado tiempo). Por tanto, lo que se tendría que realizar es un proceso claramente definido, donde cada

ocasión de encuentro con los adolescentes tenga consistencia en sí misma y si alguien no regresa a las otras actividades, haya incorporado algún contenido importante.

c) Las labores que se realicen con adolescentes generalmente no pueden ser en horas de trabajo: es de resaltar de nuevo que el adolescente marginal es un adolescente trabajador y que por tanto todas aquellas actividades que se lleven a cabo en las horas en que la institución ha contratado a su personal lo único que nos garantiza es la no asistencia de los adolescente. Por ello es necesario que se tenga en cuenta que si algún personal de salud trabaja con este tipo de adolescentes no puede regirse con su horario institucional (de allí la flexibilidad que debe existir en el personal y en sus jefaturas alrededor del horario).

d) Las intervenciones moralizantes provocan rechazo: de acuerdo a cómo ellos viven y conciben su adolescencia, las estrategias deben apuntar a que no se sientan juzgados sino que por el contrario que sientan que existe una gran apertura de parte de aquellos

que desean colaborar en el mejoramiento de su salud integral. Esto especialmente en lo que a política de anticoncepción se refiere.

e) Son adolescentes: se debe insistir que los adolescentes marginales no son adultos jóvenes, esto principalmente porque en apariencia realizan las mismas acciones que los adultos, sino que son adolescentes y que también se encuentran en un momento de búsqueda. Por tanto. No se les debe excluir por el hecho de estar “Juntados”, con hijos y trabajando; de todas aquellas actividades que otros adolescentes que no poseen esas características tienen.

BIBLIOGRAFÍA

Garita Arce, C y Vargas Obando, G. Adolescentes de asentamiento en precario urbano: Representaciones sociales de su situación socio – económica (Asentamiento La Lucía). Tesis para optar al grado de Licenciatura en Psicología. Escuela de Psicología, Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica. 1989.